





[www.loqueleo.com](http://www.loqueleo.com)

© 1999, Ana María Shua

© De esta edición:

2017, Santillana S. A.

Calle de las Higueras 118 y Julio Arellano, Monteserrín

Teléfono: 335 0347

Quito, Ecuador

Av. Víctor Emilio Estrada 626 y Ficus, Urdesa Central

Teléfono: 461 1460

Guayaquil, Ecuador

ISBN: 978-9942-19-745-0

Impreso en Ecuador por Publiasesores

Primera edición en Santillana Ecuador: Julio 2013

Primera edición en Loqueleto Ecuador: Febrero 2017

Tercera reimpresión en Santillana Ecuador: Febrero 2017

Coordinación de Literatura Infantil y Juvenil: María Fernanda Maquieira

Ilustraciones: Sara Sedran

Dirección de Arte: José Crespo y Rosa Marín

Proyecto gráfico: Marisol Del Burgo, Rubén Churrillas y Julia Ortega

Todos los derechos reservados. Esta publicación no puede ser reproducida, ni en todo ni en parte, ni registrada en o transmitida por un sistema de recuperación de información, en ninguna forma ni por ningún medio, sea mecánico, fotoquímico, electrónico, magnético, electroóptico, por fotocopia, o cualquier otro, sin el permiso escrito previo de la editorial.



loqueleto

# Los bordes de la magia

Muestra  
Prohibida  
su venta

© Santillana

Una vez me vino a ver un amigo mago para pedirme que le escribiera su espectáculo de magia. Me resultó un poco raro, porque yo nunca había pensado que la magia se podía escribir.

—Si me mostrás lo que sabés hacer —le dije—, yo podría pensar en un espectáculo que combine esos trucos.

—No necesito mostrarte nada —me contestó—. Pensá cualquier cosa que se te ocurra y yo la puedo hacer. ¡Para eso soy mago!

Pero no resultó, porque las cosas que se me ocurrían a mí no servían para un show. Yo quería rejuvenecer a mi abuelita, convertir a la reina de Inglaterra en un mono tití, tener todo el tiempo plata en el bolsillo, vivir para siempre (yo y todos mis parientes y amigos), comer mucho chocolate sin engordar.

En cambio, la visita del mago me sirvió para pensar cómo están hechos los cuentos de magia. Lo más importante, el tema central del cuento, no es lo que la magia puede hacer, sino cuáles son sus bordes, hasta

*dónde llega, qué es lo que no puede hacer y en qué momento se vuelve peligrosa.*

*Por ejemplo, están esos cuentos en que a alguien se le conceden tres deseos: pero solamente tres. O la varita mágica que lo puede todo: excepto evitar que alguien la robe. Hay cuentos en los que un talismán puede conseguir un efecto mágico, pero solo uno, como el mantel que al desplegarlo hace aparecer una mesa servida, el burro que come pasto pero larga por la cola monedas de oro, la flecha mágica que siempre da en el blanco, la capa para volverse invisible, las botas de siete leguas.*

*Lo importante es que la magia tenga un límite, para que en ese límite surja el problema. Porque, cuando no hay ningún problema, no hay nada que contar. Por algo, cuando los personajes son felices y comen perdices, quiere decir que el cuento terminó. Tendremos que esperar a que vuelvan a ser desdichados para que su historia nos interese.*

*Entonces, mucha magia, pero no toda la magia. Y con esa condición, los invito a divertirse con estos antiguos cuentos que no inventé yo, cuentos de distintos pueblos y lugares que encontré en mis viajes por el mundo de los libros y que vuelvo a contar a mi manera.*

ANA MARÍA SHUA

Muestra  
promocional

# Ma Liang y su pincel mágico

© Santillana

(Cuento chino)





**E**n las grandes ciudades de nuestro mundo hasta los más pobres entre los pobres pueden conseguir un lápiz, una birome, una hoja de papel. Por eso es difícil imaginar una época y un lugar en que para un chico pobre llegar a tener un pincel era un sueño imposible.

Ma Liang era huérfano. Sus padres habían muerto cuando él tenía solamente ocho años y se había criado gracias a la buena voluntad de algunas mujeres de la aldea, que apartaban un poco de arroz de la comida de sus propios hijos para alimentarlo.

No era un chico como los demás y no hubo forma de convencerlo de que se quedara a vivir con una familia en alguna de las chozas del pueblo.

Desde la muerte de sus padres, Ma Liang eligió la soledad. Vivía en una cueva junto al río y sólo se acercaba a la aldea para conseguir comida. A los diez años ya se ganaba la vida juntando

leña seca a cambio de los tazones de arroz con que lo convidaban. Era muy independiente y no le gustaba sentir que le debía nada a nadie. Un pescador le enseñó a pescar en el río y desde entonces Ma Liang se acercaba al pueblo lo menos posible.

Lo que más le gustaba a Ma Liang en este mundo era dibujar y pintar. Era capaz de pasar horas observando un árbol, una piedra, el vuelo de los pájaros, para después tratar de reproducirlo con sus propios trazos. Claro que ni siquiera se atrevía a soñar con un trozo de papel de arroz. El papel, en la antigua China, era un elemento de lujo, que solo se encontraba en las casas de los nobles.

Pero si tuviera un pincel, aunque solo fuera un pincel común, ¡cuánto mejor podría pintar!

Mientras tanto se las arreglaba como podía. Durante horas y horas dibujaba a la orilla del río: se mojaba el dedo y pintaba con agua sobre las piedras. El sol hacía desaparecer sus dibujos pero a él no le importaba.

A veces, cuando iba a juntar leña seca, se sentaba en el suelo y con un palito dibujaba en el polvo. El viento y los pasos de los animales borrraban sus dibujos, pero a él no le importaba.

Cuando iba a la aldea, pasaba a veces por la casa del maestro que enseñaba a los hijos de los campesinos ricos. ¡Con qué ilusión miraba los movimientos del pincel que trazaba las letras! Si él pudiera tener un pincel como ese, no necesitaría nada más en el mundo. Pero, por supuesto, era imposible. Un pincel valía mucha más leña de la que él podía juntar en un mes. Y mientras tanto necesitaba alimentarse para vivir: no siempre había pesca en el río.

Mientras tanto, con frutos, hojas, plantas, se fabricaba sus propios colores y pintaba con los dedos en las paredes de su cueva. Imitaba el vuelo de los pájaros, los saltos de los peces en el río, el cielo, las hojas de los árboles, sus pocos utensilios o su ropa, su propia cara borrosa, tal como la veía reflejada en el agua.

Ni un solo día, ni una sola hora pasaba sin que Ma Liang perfeccionara su arte. Después de varios años, llegó a ser tan extraordinario que nadie hubiera podido distinguir cualquiera de sus peces pintados de un pez verdadero. Sin embargo, nadie en el mundo más que él mismo veía sus obras.

Una noche se acostó a dormir muy cansado. Era invierno. Después de juntar leña durante todo el día, había estado tratando de

dibujar con agua sobre una piedra plana de la cueva que le servía de mesa, a la luz de una vela maloliente que había cambiado por toda una carga de leña.

De golpe se despertó. La cueva estaba iluminada como si el sol mismo hubiera entrado en ella. La luz provenía de un anciano de barba blanca que lo miraba con cariño de abuelo.

—Ma Liang —le dijo el viejecito—. Te he traído un regalo. Confío en que sabrás usarlo bien.

Y le entregó un pincel bellissimo, de cerdas suaves y perfectas como pelo de camello y un mango de oro macizo, brillante y trabajado. Ma Liang lo tomó con mucha naturalidad. Como suele pasar en los sueños, nada lo sorprendía. Por supuesto, no era la primera vez que soñaba con pinceles. Tanteó el peso del pincel: era perfecto. Se adaptaba a su mano como si fuera la continuación misma de su brazo, de su deseo. Dibujó un trazo en el aire... y se despertó.

A Ma Liang le encantaba soñar con pinceles. Lo único malo era despertarse. De mal humor se levantó para tomar un sorbo de agua del cuenco que tenía al lado del montón de paja donde dormía.

Solo entonces se dio cuenta de que todavía tenía en la mano el pincel con mango de oro.

Estaba en la mitad de la noche, pero Ma Liang tenía miedo de volver a dormirse y que el regalo desapareciera. Estuvo sentado en la oscuridad apretándolo en sus manos sin poder convenirse de que ya era suyo. Con las primeras luces del día pintó un pájaro en la pared de su cueva y el pájaro salió volando hacia la luz del sol. Se acercó al río y pintó un pez sobre el rocío del pasto. El pez empezó a dar brincos, cayó en el agua y escapó nadando.

Los primeros días fueron extraños y maravillosos. Ma Liang pintó árboles, ardillas, piedras, nidos. Cuando estuvo seguro de su arte y su magia, se atrevió a mostrarla en la aldea. Para las mujeres que habían sido buenas con él pintó comida y ropa, pintó herramientas de labranza para quienes no las tenían, pintó juguetes para los chicos, buenas cosechas para los campesinos. Estaba enloquecido de alegría y emoción, y los aldeanos no podían creer en su buena suerte.

Pero cuando tuvieron comida y ropa, los campesinos quisieron más. ¿Por qué seguir siendo pobres si lo tenían a Ma Liang? Empezaron a pedirle que pintara joyas, perlas y diamantes, que pintara lingotes de oro y mansiones de lujo. Ma Liang estaba desconcertado, asustado, no sabía



qué hacer. Se decidió el día en que uno de los hombres de la aldea se acercó para pedirle que le pintara una hermosa jovencita de cintura pequeña y ojos grandes.

Esa noche Ma Liang pintó el más veloz de los caballos y se escapó de la aldea sin llevarse nada más que su pincel mágico. ¿Acaso necesitaba otra cosa?

Practicando en secreto había descubierto que, cuando el dibujo quedaba sin terminar, no se volvía realidad. Bastaba con que faltara un pequeño detalle: si pintaba un pájaro, no completaba todas las plumas; si pintaba a una persona, no terminaba todos los dedos de las manos.

Ma Liang se instaló a vivir en otra aldea muy lejana, cerca de la capital del imperio y se dedicó a trabajar de lo que más le gustaba. Instalado en la calle con su mesa de trabajo, el pincel y los colores, pintaba y dibujaba todo el día. Vendía sus cuadros, muy bellos aunque estuvieran sin terminar, y así vivía. Había decidido que la mejor manera de usar su pincel era olvidarse de su magia.

Un día como cualquiera estaba pintando una hermosa garza blanca a la que le faltaba un ojo. Varios chicos de la aldea lo rodeaban, como siempre, porque los maravillaba ver cómo iban

apareciendo las pinturas con los trazos perfectos de Ma Liang. En camino al mercado o a los campos, algunos adultos se detenían también para verlo trabajar un rato. Ma Liang había terminado de pintar la garza y estaba a punto de colgar la pintura para que se secase cuando, sin darse cuenta, sacudió el pincel mágico y una gota de pintura cayó justamente en el lugar de ojo.

La garza abrió el ojo muy grande, sacudió las plumas y, separándose del papel, se paró sobre la mesa y echó a volar.

Ma Liang había sido descubierto y esta vez la noticia de su magia llegó rápidamente a oídos del Emperador. Esa misma tarde uno de los ministros llegaba hasta su choza con un grupo de soldados.

¿Qué puede tentar a alguien que es dueño de un pincel mágico? Nada. Cuando el ministro se cansó de ofrecerle a Ma Liang riquezas, cargos o privilegios, decidió llevárselo por la fuerza. Los soldados se apoderaron de él y lo llevaron ante el Emperador.

El joven pintor se sentía incómodo en la lujosa sala del palacio. Él estaba acostumbrado a vivir muy pobremente. Las alfombras, los tapices, el brillo de las piedras preciosas, le resultaban más molestos que atractivos. Mientras esperaba

la llegada del emperador, Ma Liang pensaba y pensaba cómo escapar del problema. Si le había resultado imposible dejar contentos a los pobres campesinos, su experiencia le indicaba que satisfacer los deseos de un Emperador sería todavía más difícil. Todos quieren siempre más y más. ¿Qué le pediría alguien que ya lo tenía todo?

Finalmente tuvo una idea. El Emperador sabía que sus dibujos se volvían realidad, pero no podía saber si era un buen artista o no, si pintaba bien.

Con gran ceremonia, el Emperador entró en el Salón Dorado y no perdió tiempo en conversaciones. Sus primeras palabras fueron ya una orden.

—¡Te ordeno que pintes un dragón!

Ma Liang tomó su pincel mágico y fingiendo que no le salía nada mejor pintó un animal ridículo que parecía un gran sapo sarnoso.

—¡Te ordeno que pintes un ave fénix!  
—ordenó el Emperador.

Ma Liang pintó una especie de gallina piojosa y desplumada. Los dos animales no solo eran feos y repugnantes sino también tremendamente sucios. Pegaban saltitos alrededor del Emperador, ensuciando con sus excrementos las alfombras del palacio. El olor daba náuseas.

Mientras el Emperador retrocedía, asqueado, sin saber qué hacer, Ma Liang ya había pintado una hermosa puerta en una de las paredes del Salón Dorado y se iba tranquilamente del palacio.

—¡Quítenle ese maldito pincel y enciérrenlo en la torre! —ordenó entonces a sus soldados. Y así se hizo.

Con el pincel mágico en sus manos, el Emperador creyó tenerlo todo. Esa misma noche se encerró en sus aposentos y se puso a pintar lingotes de oro. Pintó uno de tamaño normal, pero cuando lo vio volverse realidad y brillar se arrepintió de haberlo hecho tan chico. Entonces se puso a pintar un enorme y larguísimo lingote de oro todo a lo largo de las paredes de sus aposentos.

Pero el Emperador no era un gran artista. No sabía pintar y su dibujo era confuso. Cuando lo terminó, en lugar de una barra de oro, lo que salió de la pared fue una larga y terrible serpiente, que se le echó encima mostrando los colmillos. El Emperador alcanzó a gritar a tiempo como para que lo salvaran sus soldados y servidores. Había comprobado que sin la ayuda de Ma Liang no podía hacer nada.

Al día siguiente lo mandó traer de la torre y le dio a elegir entre la mano de su hija, la princesa,

si obedecía sus órdenes... o la muerte si seguía tratando de burlarse de él. Ma Liang no tuvo que pensarlo mucho.

—Te ordeno que me pintes el mar —dijo el Emperador.

En dos pinceladas, el mar estuvo allí. Ante el Emperador se extendía una inmensidad azul y transparente, de una increíble hermosura, brillante como un espejo. Pero todavía no estaba satisfecho.

—¿Por qué no hay peces en ese mar? Peces inofensivos, por supuesto.

Con unos pocos hábiles trazos del pincel, el mar se llenó de hermosos peces pequeños, de todos colores, arena, algas, caracoles y piedras que podían verse a través de sus aguas transparentes. Los peces eran encantadores. Jugeteaban, saltaban por encima de la superficie, movían sus colas grandes como abanicos. Ma Liang pintó incluso un grupo de delfines que se alejaron hacia el horizonte dando volteretas. El Emperador estaba fascinado.

—¡Rápido! —exigió—. ¡Quiero un barco para seguir a los delfines!

Ma Liang pintó un barco enorme y lujoso con todas sus velas desplegadas. El Emperador con la princesa, los ministros y cortesanos se

embarcaron para admirar mejor el magnífico paisaje y sobre todo para seguir a los delfines.

—¡Necesitamos viento ya mismo! —gritó el Emperador.

Ma Liang empezó a trabajar con su pincel en la superficie tan tranquila del mar, pintando espuma y algunos rizos. Las velas del barco se hincharon y comenzó a navegar a buena velocidad.

Pero al Emperador todavía no le parecía suficiente. Desde la proa del barco, seguía gritándole a Ma Liang, que se había quedado en la orilla para poder trabajar en todo el cuadro.

—¡Más rápido! ¡Queremos navegar mucho más rápido!

Con gruesas pinceladas, Ma Liang hizo que en su mar se levantaran las olas. Las velas estaban a punto de reventar. El navío se alejaba de la costa rápido como el rayo.

—¡Ya hay bastante viento! ¡Con este viento alcanza! —gritaba desde muy lejos el Emperador.

Pero ya era tarde. Ma Liang estaba entusiasmado con su obra y no pensaba detenerse. Dejando de lado los colores alegres y brillantes con los que había empezado, se dedicó a los negros y los grises. El mar se volvió de color petróleo, solo